

HISTORIAS DE UN CASTIZO  
DE LA ARGANZUELA

GREGORIO VILLARROEL

## Sinopsis

En un barrio del viejo Madrid transcurre la mayor parte de esta obra, en un ambiente donde los personajes viven dentro de un mundo castizo y provinciano, aflorando el lenguaje propio de esos lugares que en todas las ciudades españolas tiene su representación. Paco ,principal protagonista, vive en este ambiente que le ha visto nacer, donde todo para él es vivir al margen de los demás disfrutando de su juventud alegre y desenfadada.

La vida le enseña que ha de contemplarla con otra perspectiva.

Al final y después de vivir muchos episodios muchos de ellos desagradables en los que se ve implicado, se enamora de una enfermera salmantina que le hace ir al matrimonio.

Historia muy entretenida la que se narra en esta novela, donde el lector va descubriendo los personajes que van apareciendo que, pasando por la vida de Paco, hacen comprender que la vida es más seria y complicada de lo que él creía, aunque sigue pensando que su barrio madrileño de La Arganzuela es el mejor del mundo,

## INDICE

CAPÍTULO PRIMRO.....	4
CAPÍTULO SEGUDO.....	18
CAPÍTULO TERCERO.....	30
CAPÍTULO CUARTO .....	41
CAPÍTULO QUINTO .....	57
CAPÍTULO SEXTO .....	71
CAPÍTULO SEPTIMO.....	83
CAPÍTULO OCTAVO.....	96
CAPÍTULO NOVENO.....	108
CAPÍTULO DÉCMO.....	119
CAPÍTULO ONCE.....	134
CAPÍTULO DOCE.....	143
CAPÍTULO TRECE.....	158
CAPÍTULO CATORCE.....	169
CAPÍTULO QUINCE.....	181
CAPÍTULO DIECISEIS.....	193
EPÍLOGO.....	209

## CAPÍTULO PRIMERO

¡Buenos días señá Alfonsa!

¡Buenos los tenga su *mercé*! ¿Qué te trae por estos *dominios* y tan temprano? A estas horas yo te creía en la churrería como de costumbre.

—He *traspasao* el negocio por un rato *pa* venir a verte.

¡Mira qué bien! ¿Y que *tiés* que *desempolvar* con tanta premura si se *pue* saber?

—Se trata de tu retoño...

¿Y qué pasa con mi Paco, que es el orgullo del barrio?

—Según como se mire *señá* Alfonsa.

—Habla claro *buñuelera*, que se me acaba el tiempo y la *pacencia*, y si no hablas con *propiedad* y ligereza te quedarás con las ganas de que te *es-cuche* esta servidora.

—Pues esto es a lo que vengo a decirte y a quejarme, pues tu Paco *tié* *soliviantá* a mi Consuelo con sus visitas a la churrería. Cualquiera día se va a quedar a vivir en la *susodi-cha* sin pagar alquiler.

¿Y eso es malo reina del barrio? El otro día llegaron a mis oídos, que

la Reme, (que eres tú), había puesto malos ojos y peor gesto a mi Paco. Y digo yo. ¿Qué *tié* tu Consuelo que no sea olor a churros por los cuatro *costaos*? Mi hijo es *honrao* y trabajador...

—Jaja. Dicen que trabajó una vez de camarero, y de eso hace tanto tiempo que se le ha *olvidao* el oficio, y si le llamas trabajo al pasearse por las calles del barrio, estirándose como un pavo real y presumiendo de figura...

¡No sigas mala lengua! Mi hijo *tie redaños pa* pasearse por donde quiera y al *lao* de quien quiera, y ya le diré yo que no se arrime por tu churrería, ni siquiera por la calle próxima, no sea que te la vaya a *sustraer*.

¡Hola Rufino! saludó Alfonsa a su marido dejando de dirigirse a la churrera, haciendo un ademán con la mano indicando que se marchara.

¿Qué hablabas con la buñuelera, que las dos habéis *callao* cuando un servidor ha hecho su *presentación* en este concurrido lugar?

—Cosas de mujeres.

¡Y de hombres! pues cuando aún no había *traspasao* esa puerta, este ciudadano escuchó como *mentábais* el

nombre de mi Paco, y no precisamente pa ir a la verbena. Ya he escuchao en la taberna cosas que se dicen de nuestro Paquito, y bien merecido lo tiene por cortejar a la hija de esa *furcia*, que a costa de dejar sin un real a los hombres que llevó al cementerio, se ha hecho dueña de las mejores churrerías del barrio.

—Eso no *vie* al caso marido Rufino, nuestro hijo es honrrao y trabajador...

—Y otras cosas Alfonsa, y otras cosas. Es cierto que es guapo donde los *haiga*, pero a nadie se le escapa que es un chulo berbenero, haciéndose notar allí donde hay una mujer que le mire. Pregúntaselo a las verduleras de la Plaza de la Cebá, pues más de una se ha *tirao* de los pelos por él. Que si se ha *fijao* en mí, que a mí me ha *invitao* a ir a la verbena del barrio, y las mujeres que no ven más que la *fachá* del mozo, le sacan de muchos apuros pecuniarios que son las más de las veces.

¡Cállate Rufino! y arregla este asunto de nuestro Paco y la buñuelera, pues si no, tendré que tirarme de los pelos con la Reme.

—A eso voy, reina del desafío, pero antes ponme ese primoroso cocido que

tú también *apañas*, y después, cuando le eche la *pupila* a nuestro Paco, le diré cuatro cosas, o cinco si es menester.

Era ese Paco o Paquito como le llamaban en su entorno, un mozo de buena planta que traía de cabeza a las mujeres del barrio donde vivía con sus padres, o, mejor dicho, donde medio vivía, pues la mitad de los días y la mayoría de las noches sólo él sabía dónde las pasaba. Una carga no era para los padres, pues él se las arreglaba para ir viviendo a costa de las mujeres que embaucaba con su verborrea y figura.

En verdad que había tenido más de un disgusto con algún chulo que, como él, se disputaban las féminas de aquel harén particular del que se creía dueño. A consecuencia de esto, tenía una cicatriz en la mejilla, que las enamoradizas mujeres a las que cortejaba, afirmaban que era un motivo más de los encantos que poseía. Resumiendo: era un chulo más de los muchos que abundaban en los barrios castizos del Madrid de los años veinte del último siglo. Mal chico no era, pues habían sido las mozas atrevidas las que le habían subido a un pedestal del que era di-

fácil apearse. Tal era el culto y admiración que profesaba a su persona que lo tenía por oficio, creyendo que esto bastaba para vivir honradamente.

La animada discusión que habían mantenido los padres en aquel patio de la corrala donde vivían, la habían continuado mientras daban cuenta de aquel cocido que había hecho mención Rufino.

¿Cuántos días hace que no viene ese *tarambana*, si se pue saber? -dijo el padre.

-Ya va pa cinco, si no me falla esta cabeza que cada vez me la tiene más *trastorná* este mal hijo. En cuanto me le eche a la cara va a saber quién es esta que se llama Alfonsa, pues ahora sólo falta que se *haiga* arrimao a esa churrera de tres al cuarto pa estar en boca de tó el barrio.

-Calla Alfonsa, parece que le he sentido hablar con alguien, con algún vecino que se ha *encontrao* ahí afuera.

En efecto, el hijo de ambos conversaba con un vecino con el que se había encontrado cuando entraba en aquella casa.

-Te vendes caro Paquito -le dijo aquel vecino con quien se había detenido a hablar-, llevándose su padre una sorpresa cuando, al asomarse a la baranda de madera para ver el patio, vio el aspecto que portaba en el vestir. Su hijo, según pudo apreciar, venía hecho un adefesio impresentable. Vestía una chaqueta corta con grandes solapas que apenas le llegaba a la cintura, y se cubría la cabeza con una gorra a cuadros que por la forma que la llevaba colocada, le tapaba una oreja, y completaba su vestimenta con un pañuelo rojo anudado al cuello, con un gran pico que le caía sobre la espalda; calzando unas botas negras con un tacón de medio palmo de altura.

En aquel momento, vio como su hijo se despedía del vecino, dirigiéndose a la escalera que conducía a donde vivían sus padres.

¡Buenos días Paquito! -le dijo el padre, agregando: si es que eres tú, pues con esa facha no hay quien te reconozca. Vamos, que si te veo por la calle creo que eres el Felipe de la verbena de La Paloma.

¿Tan *cambiao* vengo? ¡Pues estamos *aviaos*! Esta vestimenta me la han *prestao* los amigos pa ir a la fiesta

del barrio, que es como corresponde ir a este servidor.

-Hijo -intervino la madre- la señá Reme, *pa* más señas la churrera, ha venido a echarme la bronca por tus atrevimientos con su hija Consuelo. Dice que la *ties* acosá y otras cosas peores.

¡Anda esta! Todos los días me obsequia con churros cuando voy a visitar a su hija, y ahora hace malos gestos y viene a contarte *chismes mal intencionaos*. Ya quisiera ella que me casara con esa hija que es un *pecao* por lo fea y *desapañá* y que nadie es capaz de decirle *na*, y menos en fijarse en un *adefesio* como ella.

-Voy a ir a ver a esa buñuelera -dijo la madre- *pa* decirla cuatro cosas bien dichas.

-Tú no *ties* que ir a ningún "lao", pues *pa* eso está aquí este servidor que tiene ganas de decirle cuatro cosas a esa señá Reme que de *señá* no tiene *na* -dijo el padre.

-A ver si la vas a *liar* -dijo el chico.

-El que la *tié* bien *liá* eres tú Paquito, pues ya te llaman en el barrio chulo verbenero, y otras cosas que me las callo por prudente que es uno.